

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

REVISTA DE HISTORIA

Director: el Decano, DR. ELIAS SERRA RAFOLS

Tomo X	La Laguna de Tenerife (Islas Canarias)	Año XVII
--------	--	----------

La "Historia del Almirante" y algunos aspectos de la Ciencia colombina (*)

POR EMILIANO JOS

1492-93; viaje y tornaviaje de Cristóbal Colón, de los Pinzones y demás compatriotas nuestros que apresaron para siempre los territorios americanos y los entregaron a la más avanzada civilización europea;

1942-43; cuatrocientos cincuenta aniversario desde la ida y regreso de las carabelas, y de la circulación por España y el mundo de las primeras cartas que anunciaron a la humanidad la buena nueva;

Conocida esta en España en primer lugar por las noticias que en Bayona de Galicia dieron personalmente Martín Alonso Pinzón y demás tripulantes de la "Pinta", y en la Corte regia por la misiva que el mismo piloto escribió a los Soberanos y que éstos recibieron antes que los informes enviados por Cristóbal Colón, según hemos podido precisar apoyados en un texto tan conocido como los Anales de Zurita (1).

Las cartas de Colón multiplicadas por la imprenta; las de los embajadores en España a sus diversos países; las del humanista Pedro Mártir de Anglería a varios amigos; los primeros capítulos de sus Décadas inéditas copiados en Granada por Trevisan, enviados por éste a Italia y divulgados por el "Libreto de todas las Navegaciones del Rey de España", difunden por toda Europa los he-

(*) La publicación de este artículo del sagaz americanista Emiliano Jos, catedrático que fué hace años del Instituto de Enseñanza Media de esta ciudad, debía coincidir con la conmemoración del noveno período semiseccular del regreso colombino. Diversas causas la han demorado, pero el subido interés científico del trabajo no sufre por ello menoscabo.—Nota de la Redacción.

(1) Véase nuestro trabajo: "El Centenario de Fernando Colón y la Enfermedad de Martín Alonso", en la "Revista de Indias", núm. 7, enero-marzo de 1942. Si, como parece, el dato ha pasado inadvertido hasta el presente, también puede parecer que la palabrería sobre un hecho histórico tan primordial como el Descubrimiento, y tan particularmente glorioso para España, abunda más que el estudio y la atención que merece.

chos de más bulto, los resultados más salientes; una historia para el gran público, tan despreocupado como muchos de los divulgadores, de averiguar la gestación de aquellas maravillas, de preguntarse el cómo y por qué de la invención de un mundo nuevo.

La impresión de las *Décadas de Anglería*; la del *Psalterium* del obispo Giustiniani, en que se dan notables antecedentes de la génesis del Descubrimiento pero que quedan casi desconocidos en su teológica obra, y no muy difundidos cuando, en la cuarta década quincientista, publica su crónica o anales de Génova; una de las bases de este último autor, los *Comentarios de Gallo*, genovés amigo personal de Colón y su familia, que quedan largamente inéditos; el *Opus Epistolarum* del citado Anglería; la "Historia General y Natural de las Indias" de Fernández de Oviedo, que desnaturaliza el plan descubridor colombino fijándolo en las islas Hespérides, así llamadas por haber pertenecido a los antiguos reyes de España, islas sobre las que encontró autoridades que le guiaron para su hallazgo; otros amigos del Descubridor como Bernáldez y Las Casas que quedan también inéditos; una *Historia de la Vida y Hechos de Cristóbal Colón* escrita por un humanista tan despierto como Pérez de Oliva contemporáneo de los Colón, que estaba manuscrita en la Librería Fernandina de la que desapareció sin dejar huellas más que en los registros de tal librería, hasta que modernamente, la gran historiadora de los Pinzón y demás compañeros de D. Cristóbal en 1492, Miss B. Gould, averiguó su paradero en la biblioteca de un coleccionista de Nueva York (2); todos ellos, por unas u otras causas, poco adelantaron para explicar históricamente, o sea con certidumbre, la génesis del descubrimiento de América.

Y así llegamos a un año básico en este aspecto principalísimo de la historia de la aparición de América, 1571, en que las prensas venecianas ofrecen al mundo de los eruditos y de los estudiosos en general, la "Historia de la Vida y Hechos del Almirante D. Cristóbal Colón", por D. Fernando, su hijo.

Un libro como éste, hecho por un famoso bibliófilo, por un hijo del propio Descubridor que utilizaba en su texto muchos escritos de su padre, debía ser y fué para todos los lectores la base más firme y la fuente más pura para informarse de la historia del Descubridor, sin exceptuar su vital punto o aspecto genético pues sobre este precisamente se producía con insólita extensión y particularizados detalles el propio descendiente de D. Cristóbal y compañero suyo de descubrimientos en la cuarta de sus expediciones trasatlánticas.

En España en tanto y aún antes un sector de los tratadistas guiado por cierto espíritu más nacionalista que historicista se inclinaba a situar en cierto marino que tras larga tempestad había llegado a las nuevas tierras, y que al regreso, y en las postreras horas de su vida terminada en la propia casa de Co-

(2) En copia, al parecer, según el documentado historiador colombino Morison, que tiene la fortuna de estar examinando tal manuscrito. El original continúa sin aparecer. El Sr. Morison estudia con particular interés, y sobre el propio terreno, las navegaciones colombinas, y con este fin realizó pocos años ha la travesía de las Antillas a Palos y regreso. Entonces ya tenía estudiado el segundo viaje y publicado un valioso libro sobre él: "The Second Voyage of Christopher Columbus... and the Discovery of the Lesser Antilles.—Oxford, [enero] 1939.

lón, confió a este su hallazgo, el punto de partida de la hazaña colombina. Si Fernández de Oviedo tiene esto por fábula, Gómara le concede bastante consideración—y tras él otros muchos—aunque reconoce que cualquiera que fuere el origen del hecho, Colón realizó cosa de gran fama y de eterna gloria. Importa recoger tal reconocimiento porque algún crítico moderno (como el sagaz Diego Luis Molinari, argentino), asigna al chispeante historiador soriano, el poco lucido papel de iniciar la difamación del Almirante (3). La lectura atenta del cronista gomarense (era natural de Gómara, Soria, y no de Sevilla como se dice frecuentemente) encuentra que este ofrece las dos versiones principales sobre el origen del Descubrimiento: Los estudios del propio Cristóbal Colón, y los informes del anónimo predescubridor, y que él, en último extremo, no decide la cuestión.

La hipótesis de Gómara se agrava mucho con Garcilaso de la Vega (4), Pizarro y Orellana, y bastantes otros que no atienden a Antonio de Herrera, el cual, aprovechando la extensa y manuscrita Historia de las Indias del P. Las Casas y el libro de Fernando Colón, ofrece elementos bastante mejores que las páginas de los secuaces del predescubridor, ya conocido nominalmente desde que

(3) No podemos refrendar tal opinión expuesta en "La Empresa Colombina y el Descubrimiento", en larga nota de la pág. 435 del vol. 2º ("Europa y España y el Momento histórico de los Descubrimientos") de la "Historia de la Nación Argentina", Bs. Aires, 1937. Y nos parece poco pensada su afirmación sobre que el empeño de Gómara "en disminuir la gloria de Colón" porque lo "consideraba extranjero", constituya "el leit motiv de su conocida obra". Tal opinión la ilustra en dicha nota con un pasaje del propio Gómara—cap. 106, "De cómo hubieron portugueses la contratación de las especias"—que más bien enaltece que humilla a Colón, pues reza que el fructuoso o esperanzado fin del viaje de Covillam y Paiva iba instruido o regido por un mapa heho por Calzadilla (español) Josefo y otros, y por "un memorial que quizá era el mesmo de Cristóbal Colón donde se ponía el camino por poniente".

El primero—acaso—en suponer exceso de patriotismo en Gómara por dar al rumor del piloto importancia excesiva, fué el italiano G. Benzoni en "La Historia del Mondo Nuovo di... La qual tratto dell' Isole & Mari nuouamente ritrouati..." Tal actitud no escasea entre los autores italianos, como es natural después de todo, tan natural y humano (o sea en pureza tan egoísta) como la disposición hispana, portuguesa, etc., a peraltar su cooperación en las gestas de los descubrimientos marítimos. La tesis de Benzoni (expuesta desde 1565 en la 1ª edición, de Venecia, estante en la Bibl. Nacional de Madrid, sign. R. 293) respecto a Gómara, la recuerda W. Irving, en la ilustración núm. 11 del Apéndice a su conocida obra, todavía tan útil y tan cícera en su conjunto, entre la excesiva bibliografía sobre el Descubridor.

(4) La forma más interesante, quizá, de un predescubrimiento, la dieron tempranamente Gonzalo Giménez de Quesada y Barrantes Maldonado, suponiendo que el propio Cristóbal Colón "extrangero", enviado por los Reyes "a descubrir las Indias que él corriendo por fortuna aya primero descubierto y heho saver al Rey de Inglaterra" que no le dió crédito...; pero esta tesis permaneció manuscrita en las "Ilustraciones de la Casa de Niebla", obra del dicho Barrantes, hasta el siglo pasado que apareció en el Memorial Histórico Español, ts. IX y X (nuestra cita está tomada del ms. 3299 de la Bibl. Nac. de Madrid). D. Luis de Ulloa resucitó y amplió la tesis de Barrantes con mucha mayor voluntad que fortuna. Las frases citadas entre comillas son de Barrantes; el parecer del célebre conquistador de la Nueva Granada, Gonzalo G. de Quesada, lo conocemos por haberlo recogido Juan de Castellanos.

el Inca Garcilaso lo bautizara con el nombre de Alonso Sánchez de Huelva, cristalización tardía y desfigurada de aquel interesante y poco conocido marino español, Pero Vázquez de la Frontera, que tan esperanzados y animadores informes daba en Palos a sus habitantes y a los compañeros de Colón en el viaje preparaba, como cristalización menos tarda pero igualmente desfigurada de tales informes, fué la tradición del supuesto piloto predescubridor (5).

Podemos decir que las fuentes y libros más empleados por los que escribían o se informaban sobre el Descubrimiento: Anglería, el mismo a través del Libro, las ediciones de Ptolomeo, Fernández de Oviedo, López de Gómara, Herrera, Garcilaso, etc., etc., ofrecían versiones bastante dispares del personaje y de su hazaña. Y los eruditos que llegasen en sus lecturas a obras como la—hoy—rarísima de Jaime Ferrer en que el editor introdujo su parecer sobre el meridiano de demarcación y la elogiosa carta que había enviado al Descubridor, y como el tratado de cosmografía del tarraconense Girava, se encontraban con dos hombres de ciencia para quienes Colón era respectivamente: el mayor de todos y elegido por Dios para el Descubrimiento, y un gran marinero pero mediano cosmógrafo. Discrepancias que perduran hasta el día.

Tornando a las obras más leídas sobre nuestro tema, por encima de todas ellas planeaba a excelsa altura como fuente histórica, el libro titulado en italiano "Relaciones e Historias del Sr. D. Fernando Colombo", traducidas del español al toscano por Alfonso de Ulloa. Estas Historie divulgaron los conceptos, todavía de bastante general acatamiento, de un Cristóbal Colón entregado a estudios universitarios y a peregrinaciones marítimas desde los años primeros, sapientísimo en cosmografía, insuperable navegante cuyos grandes conocimientos científicos y práctica marinera, alcanzaron un premio casi natural para tantos y tan extraordinarios méritos: el hallazgo de América, el encuentro de un mundo desconocido para todos los antiguos que venía a dar gloria indeleble y satisfacción merecida a quien había ofrecido en vano tan grandiosa hazaña a los

(5) Adoptamos esta creencia desde que leímos ciertas declaraciones de algunos testigos en la probanza de Francisco Martín Pinzón (hecha en 1532) hijo y sucesor del famoso Martín Alonso. Tales declaraciones se pueden leer mucho mejor en el libro del P. Ortega sobre La Rábida, que en la obra de Fernández Duro sobre Colón y Pinzón, publicada entre las Memorias de la R. Academia de la Historia. Después vimos que el gran investigador de los temas colombinos Enrique HARRISSE, había sido el primero (según los datos que tenemos de nuestras lecturas) en formular esta teoría. También con independencia de HARRISSE, es decir sin conocer la precedencia, hemos visto que alguna persona no contagiada de la exaltación local onubense o nacionalista, coincidía en esta apreciación. HARRISSE la emitió en su "The Discovery of North America..." libro que, cual otros muchos del mismo historiador, es muy raro en las bibliotecas españolas; acaso el único ejemplar sea el que en 1933, hicimos pedir para el Centro de Estudios de Historia de América (de la Universidad de Sevilla) que dirigía el historiador D. José M^º Ots y Capdequí.

Sobre el Alonso Sánchez de Huelva, ya advertimos en nuestro recuerdo del Centenario del Amazonas—en la "Revista de Indias", núm. 11, enero-marzo 1943—que Garcilaso repitió el caso de bautizar otro anónimo y legendario personaje: el supuesto contradictor de Francisco de Orellana, Hernán Sánchez de Vargas.

Príncipes europeos, durante largos y amargos años de porfía, sufriendo desaires y burlas sin cuento.

Nadie se pregunta (a lo que se nos alcanza) hasta HARRISSE, si aquellos relatos fernandinos sobre la vida y hechos de D. Cristóbal merecían entero crédito; si el Descubridor era tan sabio y había navegado tanto como allí se decía; si eran ciertos sus estudios universitarios y su parentesco con famosos marinos contemporáneos de igual apellido; si sus bases cosmográficas eran tan sólidas y científicas como acertados y sólidos los planes sobre ellas asentados; si se encontró con una oposición a sus dichos planes tan poco inteligente y tan retrasada o anticientífica como del filial libro se desprendía, etc., etc. El citado HARRISSE observó la escasa verosimilitud de algunas de estas cosas y de otras afirmaciones, por todo lo cual y por su mucha precipitación, negó al libro el autor inducible hasta entonces.

Nadie al principio se fijó—que sepamos—en que esta condición filial de la Historia de D. Cristóbal Colón la impregnaba de parcialidad desde su inicial a la postrera páginas, y que solo por esto debía ponerse una sordina a todo lo que favorecía al retrato del héroe en ciencia y experiencia y en contrariedades superadas, y poner luego, adversamente, una caja de resonancia a la cooperación o ayuda que alcanzase el Descubridor para su hazaña.

Nadie sospechó, de cerca ni de lejos, si aquella historia del Almirante respondía en su planteamiento y composición, a un objetivo u objetivos que no fuesen simplemente los de informar con imparcial y entera verdad—**entera verdad**, la media verdad origina casi siempre grandes falsedades—y por mero amor a la Historia.

Y nadie recordó, y desde luego no es fácil que supiera, que tal libro se compuso en los años postreros de la vida del autor, muerto en 1539, y que si esta vida se consagró sobresalientemente a la lectura, al estudio, a crear una biblioteca que no tuvo rival entre las librerías de los particulares, también estuvo intensa, prolíja y terriblemente embargada por la defensa de cuantiosos derechos, privilegios y mercedes, contratados, firmados y ratificados solemnemente por los Soberanos, y no menos solemne o trágicamente recortados, rebajados y suspendidos por los mismos Soberanos y sus sucesores; defensa que no era de cosa baladí, sino de rentas, derechos y poderes enormes desde que el descubrimiento de las pesquerías de perlas (las primeras, las de Cubagua, halladas personalmente por el propio Colón), las riquezas de Darien, Panamá, etc., y, sobre todo, de Méjico, Perú y Nueva Granada, convertían al Almirante del Océano, Virrey y Gobernador de todo lo descubierto al oeste de la raya de Tordesillas, en uno de los Señores más opulentos de la tierra (si no el primero de todos) con ingresos que, por contrato o por merced, sumaban cerca del sesenta por ciento de todo lo que produjeran las Indias.

Si a esto añadimos que los momentos más graves, más trágicos de la porfiada contienda entre los herederos de Colón y los fiscales o defensores de los derechos de la Corona, se sucedieron en los años de 1535 y 36, y que poco después sobrevino la ruptura de un arreglo que ya había contentado a D. Fernando Colón, es claro, y así la afirmamos, que una Historia del Descubrimiento hecha por el hijo del Descubridor luego de dichos años y en tiempo en que había fracasado la solución conciliadora, lejos de elevarse por encima de la polvareda

de los grandes intereses materiales en colisión, tenía que presentarse oscurecida por ella. Así quedó escrita con la tinta glorificante y defensora de los méritos paternales que brotaba del espíritu filial, y con la de un tintero abierto en una atmósfera que depositaba sobre él las impurezas emanadas de una lucha que, imparcialmente, y en ocasiones, es calificable de sucia.

Ciertos recursos a que apeló el Fiscal, nadie podrá llamarlos, razonablemente, justos o nobles. Como tampoco lo habían sido los inconvenientes que al principio de las reclamaciones colombinas había puesto el rey Fernando—buen maestro, como muchos otros, en el arte de entender los tratados según sus conveniencias—para terminar con la suspensión en que se tenía al segundo Almirante D. Diego, suspensión que solo parcialmente consiguió éste que cesara, no por razón de su derecho sino por el influjo de sus parientes el Duque de Alba y su hermano el Comendador mayor de León, con cuya hija se había casado D. Diego. A esta restauración parcial contribuyeron ciertas limitaciones que el Gobernador de la isla Española, Nicolás de Obando, opuso justamente a unos abusos del secretario Conchillos y del obispo Fonseca, que detalla el madrileño cronista de Indias, Fernández de Oviedo, en su conocida Historia.

No se crea por todo lo antedicho que nosotros defendamos íntegramente la posición colombina, esto es, todas sus vastas reclamaciones (6).

Sobre la sabiduría o ciencia colombina es particularmente sospechoso el testimonio filial, así que nosotros no debemos olvidar el del amigo de D. Cristóbal y cronista de los Reyes Católicos, Andrés Bernáldez, que siendo cura del pueblo de Los Palacios, próximo a Sevilla, hospedó en su casa al Descubridor cuando éste regresó de su segundo viaje, y con él habló largamente. Bernáldez lo tiene por muy diestro en la cosmografía y en el reparto del mundo, pero sin saber muchas letras. Rebajando sus conocimientos sobre el reparto del mundo, recordando el testimonio de Girava, que lo juzga mediano cosmógrafo, tendremos una imagen más natural de la cultura científica de D. Cristóbal, si el concepto del tarraconense lo ilustramos o aclaramos acordándonos de que existen individuos muy doctos en tal o cual saber, que, sin embargo de su reconocida competencia, emiten y sostienen durante años y años teorías que otros científicos encuentran poco dignas de aquella personalidad y hasta francamente descarriadas.

Para completar las bases sobre las que debemos fundamentar la valoración científica del primer Almirante de las Indias precisa considerar que éste se formó intelectualmente por sí mismo, que careciendo en su adolescencia y juventud de buenos maestros fué un autodidacto con todas las profundas depresiones que en su cultura dejan ver pronto todos los autodidactos ante los estudiosos formados metódicamente. Uno de esos maestros debió de ser su hermano Bartolomé, o sea otro de formación muy semejante, pues aunque en su niñez pudie-

(6) Sobre esto nos hemos producido en otras ocasiones: Números 7 y 8 de la "Revista de Indias", y el núm. 4—agosto de 1941—de "Estudios Geográficos", todas ellas del Consejo de Investigaciones.

ra alcanzar mayor escolaridad que su hermano, pronto debió lanzarse al mar y establecerse en Lisboa, según Gallo y Justiniano, ciudad a la que después llegó el primogénito de Dominico Colombo y Susana Fontanarosa.

Como todos los autodidactos se encontró ante los hechos que le ofrecía la Naturaleza y ante las teorías de los no numerosos libros que al parecer manejó (no muy tempranamente) sin preparación suficiente para discernir lo cierto de lo falso, así que verdades y errores los aceptaría con el mismo imparcial convencimiento.

Un tiempo y una ocasión, imposibles actualmente de ser precisados, vinieron, en que concentradas todas sus ansias en la firmísima, inquebrantable creencia de que las Indias Orientales yacían bastante cerca del Pomiente europeo, todos los signos, apariencias y testimonios materiales o teóricos que le llegasen por experiencia propia, por la del prójimo, y por sus lecturas, los unió a los adquiridos que le habían sugerido tal idea, y los aceptó con una fe tan apasionada como el desprecio en que dejó a todo lo que contradecía sus teorías.

Por su experiencia, por sus informes, por sus estudios el fraternal binomio integrado por Cristóbal y Bartolomé—en la génesis o concepción del Descubrimiento debe hablarse de los dos hermanos mejor que de Cristóbal únicamente—llegó a formarse una representación geográfica de nuestro planeta en virtud de la cual concibió un plan descubridor que si era perfecto y exacto (perfecto y exacto, lo repetimos con algún conocimiento de causa y después de años enteros de estudiar estos temas) en cuanto a sostener la indudable existencia de tierras no muy distantes por el Occidente atlántico, certeza que apoyaba en hechos conocidos a través de las referencias de marineros y por realidades vistas personalmente, era no menos perfectamente disparatado al identificar tales tierras con el extremo oriental de Asia y los archipiélagos Índicos.

Así, pues, no era todo error en el autodidacto Cristóbal Colón, éste contaba con inteligencia muy bastante para dar más de una vez en el blanco y para interpretar acertadamente la Naturaleza, y por ello no pecaremos gravemente si consideramos justa, en resumen, la honrosa estimación en que antiguos sabios cual nuestro Jaime Ferrer, y modernos como Alejandro Humboldt, tuvieron la personalidad científica del primer Virrey y Gobernador de las Indias. Si el último hubiera conocido la carta de Colón a los Reyes escrita en Granada por febrero de 1502, le habría dedicado otro elogioso capítulo por su clarividencia en la concatenación entre el relieve y la diversidad de climas, sobre cuya conexión hermosamente escribe: El mundo es esférico pero no por esto la templanza es igual en un clima (es decir, en un clima astronómico, o sea una región limitada por paralelos.) “El sol syembra su ynfluencia y la tierra la reszibe según las concavidades o montañas que son formadas en ella... en la mar acaesze otro tanto y en espezial en las comarcas de las tierras” (o sea en los mares litorales).

Estas opiniones serían de lo más valioso en el idearium científico de Cristóbal Colón, y aunque pueda decirse que las grandes mutaciones introducidas por la orografía en la temperatura las observaban muchos y que con toda claridad las habían expuesto Estrabón y Alberto Magno, nos queda todavía esa intuición de la influencia de las tierras sobre el clima de los mares litorales, sobre los mediterráneos reducidos. Digamos de un modo más genérico que los

disturbios que producen las masas continentales en la regularidad del reparto de la temperatura en la superficie de nuestro planeta, la dejó anunciada D. Cristóbal en su por varias razones interesantísima epístola, desconocida en este aspecto, u olvidada (suponemos) por los historiadores colombinos, los cuales pudieron leerla desde 1877 en que se publicó en Madrid por el llamado entonces Ministerio de Fomento (que incluía la Instrucción o Educación) en el grueso volumen de "Cartas de Indias" (7).

Si también en esa intuición que queda resaltada tuvo el Almirante algún precursor, confesaremos paladinamente que lo desconocemos y que sentimos tener que continuar la confesión declarando que no hemos leído muchos autores antiguos.

Habiendo ratificado, en conclusión, los juicios de Jaime Ferrer y de Alejandro Humboldt sobre la ciencia colombina, y extraído a la luz por vez primera un aurea pepita en tal ciencia, nos creemos autorizados para mostrar algunas pepitas de metal menos valioso, para señalar algunas opacidades o sombras, sin que se nos inscriba entre los hipercríticos, cosa que suelen hacer casi todos los historiadores italianos con los que no se conducen siempre como idólatras o al menos como admiradores constantes, de su compatriota. Si denunciamos tal escoria o umbría es para completar el cuadro científico en que se retrata Cristóbal Colón, y esto que es obligación estricta y derecho no menos estricto para todos los historiadores, no lo hacemos por animadversión, pues como la generalidad de los tratadistas sentimos afecto por la figura central del capítulo que estudiamos, seguramente bastante más del que es necesario para alcanzar la plena imparcialidad.

Muchas veces se ha tildado a Colón de ignorancia o gran ineptitud por sus enormes errores en la estimación de los grados de altura sobre el Ecuador (esto es, de la latitud) del litoral cubano, según el crucero que por allí realizó durante el primer viaje y que alcanzan a veinte grados, y aún pasan. El profesor

(7) Con indudable acierto, dado lo interesante del texto y la inmerecida desatención en que estaba, ha sido incluida tal carta en una reciente y breve antología de escritores de Indias, por un ilustre profesor y competente tratadista de la Historia y Arqueología americanas. Lleva la edición pertinentes notas pero en otras se observa el hecho inevitable en todos los libros por sabios que sus autores sean: olvido o confusión de cosas que sobradamente conocían. Por ejemplo: las referentes a esas observaciones climáticas. Sobre la primera, o sea sobre no ser igual la templanza en un clima (astronómico que decimos ahora, zona comprendida entre dos paralelos y caracterizada por el tiempo de iluminación solar en el día más largo del año), se anota como causa de tal desigualdad, las latitudes. Es claro, no obstante, que Colón por lo que ha dicho y por lo que sigue escribiendo, afirma indudablemente que aún dentro de un clima, la diversidad es grande y según las montañas y concavidades de la tierra, afirmación que ratifica con el ejemplo de una región bastante limitada, la granadina, donde la Sierra Nevada la vemos, dice, "cubierta de nieve todo el año, que señal de grand frío, y al pie desta syerra son las Alpujarras donde es siempre suavísima templanza syn demasiado calor ny frío...". En cuanto a recibir la Tierra el calor del Sol según sus montañas y concavidades, es decir lo que llamamos hoy relieve, la advertencia que se infrascibe es más rectificable todavía, según nuestra opinión, puesto que supone que allí Colón "estropea lo que antes" denotaba saber.

Alberto Magnaghi ha recogido ("I presunti errori... attribuiti a Cristoforo Colombo. nella... latitudine", en el "Bol. Soc. Geog. Italiana", set- dic. 1928) con cierta oportunidad, que, aunque muy pesados no eran inauditos, y que pudo cometerlos voluntariamente el Descubridor para impedir el incremento de la rivalidad hispano-portuguesa en la carrera de las exploraciones náuticas, y también para evitar que los lusitanos presentaran reclamaciones basadas en el tratado de Toledo. Por este acuerdo se había puesto un límite a las navegaciones de España a partir del paralelo de Canarias al sur hacia Guinea. Este "hacia Guinea" del tratado que puso fin a la guerra de sucesión entre España y Portugal luego de la muerte de Enrique IV, se convirtió "in conspectu Guinee" en la bula pontificia concedida el 21 de junio de 1481 a Portugal, en la que se incluyó la cláusula de dicho tratado que regulaba las relaciones descubridoras de los dos países peninsulares. Con el tratado, con la bula de Sixto IV y sobre todo con la emulación no exanta de encono, entre las dos naciones, los lusitanos podían entrar en discusiones sobre el derecho a las nuevas tierras con los españoles.

La explicación del Prof. Magnaghi, confirmada y ampliada en otro trabajo más breve ("Ancora dei pretesi errori di Colombo..." en el mismo Bolletino, Roma, junio 1930) conlleva las reflexiones densas en lógica y erudición que suelen formar cortejo a sus estudios. Falta la explicación de las contradicciones sobre los mismos cálculos de latitudes en que incurre el glorioso genovés, y así se le puede objetar lo siguiente: que sus considerables y a veces muy eruditos y discretos razonamientos no resuelven la cuestión.

En efecto, no hay motivo en el tratado de Alcacevas-Toledo de 1479, ni en la rivalidad luso-hispana, para declarar en el Diario del primer viaje el trece de octubre, que Guanahamí queda en la misma línea Este-Oeste que la isla del Hierro en Canarias (isla del Hierro que se encuentra casi tocando al paralelo 28), y luego decir en Cuba, en una latitud muy semejante a la de Guanahamí, que se halla en cuarenta y dos grados. Es decir que en poco tiempo y sin haberse dirigido con extraordinaria rapidez y derechamente hacia el Norte, D. Cristóbal situaba puntos de muy semejante altura a 14 grados de diferencia.

No puede tampoco convencer el apelar a las precauciones y deseo de sigilo, para mostrarnos pasable una observación colombina realizada en la costa de la isla Española el 13 de diciembre, según la cual se hallaba en 34 grados de latitud norte, y dicha en un sitio como es el Diario de la primera travesía que no es un documento público, cuando se ve al mismo D. Cristóbal declarar sin celosía ninguna en las cartas enviadas a sus favorecedores Luis de Santángel y Gabriel Sánchez, que tales lugares de la Española quedaban a 26 grados. Estas dos cartas eran documentos mucho menos reservados que el Diario, y además pronto pasaron al dominio público por medio de la imprenta que hizo varias ediciones.

Con el olvido de las dos epístolas colombinas a Santángel y Sánchez por parte de Magnaghi y con la memoria en cambio, de la carta-relación del cuarto viaje escrita por el Almirante a los Reyes en 1503, se podría pensar que el historiador italiano no procedía con la imparcialidad debida, ya que aquellas contradicen plenamente sus puntos de vista y no aparecen citadas, mientras que de la última recuerda y recoge las afirmaciones despectivas que en ella insertó el autor para sus compañeros de viajes (es decir, los españoles) por suponerlos incapaces de saber por dónde iban y el emplazamiento de las regiones descu-

biertas. No creemos nosotros que tales olvido y recuerdo sean deliberados, y, en consecuencia, dejando a salvo por nuestra parte la buena fe del sabio profesor italiano, mucho le recomendamos sobre lo último la lectura de la relación escrita por Diego de Porras de la cuarta travesía oceánica, con la cual sería más justo y comedido en su excesiva pleitesía a las vanidosas presunciones del Almirante y le haría ver que la razón principal por la que el Descubridor llegó a tener tan pretenciosa creencia, de encontrarse sus compañeros imposibilitados para situar lo descubierto y tornar a él, era la de no conservar en su poder y a raíz de cierto día, ninguna "carta de navegar" por que "se las había el Almirante tomado a todos."

No obstante las reflexiones de Magnaghi y su ejemplo de la exacta situación de Jamaica en latitud de 18 grados, hecha por el Descubridor en el segundo viaje, la pericia colombina para tal operación no queda muy levantada, cosa que se ratifica en la larga epístola que escribió a los Reyes desde la isla Española en mayo de 1499, de la cual nos ha trasladado buena parte el cap. 163 de la "Historia de Indias" del P. B. de Las Casas. En ella se ponen expresiones encomiásticas de la isla, cuya tierra es la más sana, y de mejores aguas y aires, cosa natural, según él, por hallarse situada "en un paralelo y en una distancia de la línea equinoccial con las islas de Canaria." Puede agregarse a esto que la carta la escribió Colón en el sur de la isla (en el sur había fundado su hermano Bartolomé la capital de la Antilla, Santo Domingo, y en el sur también se halla Azúa, y por estas nuevas poblaciones andaba el Almirante en este tiempo harto fatigado y molesto con el díscolo Roldán) que corre casi exactamente al par del norte de Jamaica. En consecuencia, mientras casi todo el archipiélago canario queda enmarcado entre los paralelos 28 y 29 y solamente la isla de Hierro queda al mediodía pero muy próxima al 28, la mayor parte del territorio de Haití o isla Española, se dilata entre los paralelos 20 y 18, es decir que D. Cristóbal yerra, al cabo de tres viajes por las Canarias hasta las Antillas, en esos 10 grados.

Aún reduciéndonos a los documentos del primer viaje encontramos en ellos muestras muy relevantes para notar las claras depresiones que en cuanto a la ciencia cosmográfica del Descubridor, excavan sus cálculos sobre latitudes. Son tan claras y profundas que nos han forzado a creer que ya en el primer viaje dejó de funcionar normalmente su cerebro. El Diario del primer viaje con sus gruesas y fuertes contradicciones nos demuestra que desde el Descubrimiento el Almirante ya no estaba en sus cabales, según decimos ahora corrientemente. Y esto concretándonos con exclusividad, a sus cálculos astronómicos y dejando a un lado sus errores sobre las Indias Orientales, el Catay, el Pantáso Terrenal y su misticismo, pues todo esto podía ser, y fué en Cristóbal Colón, fruto de sus lecturas y de su temperamento.

Aparte de sus fallas en la estimación de latitudes y en otras análogas sobre longitudes que tantos autores le han notado (8) encontramos otras afirma-

(8) Entre ellos, y como de más fácil consulta, puede citarse a Sophus Ruge en la Historia Universal de G. Oncken. Los diálatos en cuanto a longitudes están detallados por Malheiro Dias en la Historia de la Colonización portuguesa en el Brasil, importante obra que dirigió y que consultamos en la Academia de la

ciones colombinas que acusan de igual manera grandes defectos en su ciencia y experiencia. Nos asegura en la carta-relación de la tercera travesía (la cual nos ha llegado completa por la copia que sacó Fr. Bartolomé de Las Casas (9) que abandonó la ruta hacia el sur que seguía, cuando llegó a una latitud que supuso ser la del paralelo de Sierra Leona, el cual sitúa a 5 grados al norte del Ecuador, cálculo que está en realidad bastante aproximado y que debería conocer desde los tiempos de sus navegaciones con los portugueses, pero luego dice que en igual paralelo descubrió la isla de Trinidad, cuando realmente esta isla no desciende ni siquiera hasta el paralelo 10. Puede decirse ciertamente que este error de 5 grados de latitud carece de relieve en comparación con las diferencias de diez, catorce y aún más grados que se le observan, y en efecto, no radica en esto la importancia de lo que le vamos a achacar, sino en una de las razones que aduce para cambiar el rumbo de sus singladuras. Dejó de proseguir hacia el sur por el mucho calor que se experimentaba y por el "grandísimo mudamiento en el cielo y en las estrellas". Más adelante nos asegura que navegando de España a las Indias, en cuanto pasaba cien leguas al oeste de las islas de los Azores, encontraba siempre "grandísimo mudamiento en el cielo y en las estrellas" y que en esto había tenido "mucho diligencia en la experiencia".

Semejantes observaciones demuestran muy poca o ninguna coordinación con elementales conocimientos que debía poseer todo navegante, y sobre todo si tenía curiosidad y ponía atención en las cosas como le ocurría a Colón, que, indudablemente fué un solícito observador. Las estrellas y constelaciones que pueden divisarse en las islas de los Azores, como en cualquier otro punto, son las mismas que el cielo ostenta en cualquier otra parte de latitud aproximada, unas horas antes o unas horas después según la diferencia de longitud que haya entre los parajes en que se realice la observación, y si nos regimos por la hora meridiana de un solo lugar, o bien a la misma hora cuando contemos el tiempo según el meridiano de cada sitio.

Es decir que si nosotros por estas noches de entre el 15 y 20 de agosto paseamos la vista a eso de las ocho y media, hora natural o meridiana, por el cielo de nuestra nativa y aragonesa provincia de Huesca (por la que pasa precisamente el meridiano cero de Greenwich) que tiene una latitud poco más boreal que el cielo de las islas Azores, encontramos hacia oriente un pobre concurso de estrellas o constelaciones notables: entre estas distinguiremos la róbica y espaciosa pala (más espaciosa ahora por su escasa elevación sobre el horizonte) que forman las estrellas de Pegaso con las de Andrómeda que le sirven de mango, y continuando en este sentido nuestro giro por el firmamento, esto es, a la

Historia. Por nuestra parte también hemos sido eco en nuestro estudio sobre "El XXVI Congreso Internacional de Americanistas de Sevilla y la Historia del Descubrimiento", aparecido en la revista "Terra Firme" de la Sección Hispanoamericana del Centro de Estudios Históricos, en el número de enero-marzo de 1.936, págs. 55 y 56.

(9) Se encuentra en el departamento de Manuscritos de la Biblioteca Nacional, en Madrid, formando parte del mismo volumen que contiene el extracto hecho también por Las Casas del Diario de a bordo de Colón en su viaje de 1.492-1493. Diario y carta que, como otros muchos documentos colombinos, prestaron los herederos del primer Almirante al Defensor de los indios.

izquierda, y dejando la desgarbada o mal trazada uve doble o eme invertida de Casiopea, llegaremos a la Osa menor, infalible huésped de nuestras latitudes con su famosa y utilísima Polar, de segunda magnitud. Siguiendo levemente nuestro giro encontraremos a su compañera la Osa mayor y coleando entre una y otra al grupo del Dragón (10).

Encarados ya con el ocaso notamos con respecto a unos días antes la ausencia de Venus (si nos acordamos de lo visible unas semanas antes, también ha desaparecido Júpiter) y siguiendo una trayectoria marcada aproximadamente por la cola de la Osa mayor, llegaremos a una de las princesas estelares en la constelación del Boyero, Arturo, así llamada por su situación, puesto que su nombre se compone de dos palabras: arctos que equivale a oso, y uro a cola. (Vayan enterándose los señores Arturos más envanecidos de su nombre que conocedores de lo que es este realmente, que su denominación significa una cosa tan poco distinguida como cola de oso). Algo deslucida por la lejanía, otra estrella primaria, la blanca Espiga de la constelación de la Virgen, va desapareciendo de nuestros horizontes como las últimas espigas desaparecen de las eras bajo las postreras trillas. Mucho más próximo a nosotros y más próximo también que la propia Arturo, se nos ofrece el hermoso y reducido grupo que por su forma ha merecido llamarse Corona boreal, con su Perla de segunda magnitud al igual que la Polar.

Continuando nuestro rodeo izquierdista a partir de la Espiga de Virgo nos hallamos enfrentados con el Sur y éste poblado por Libra con sus tres estrellas fieles recordatorias de los brazos de la balanza, y luego a la terrible Escorpión con su sangrienta Antares, alfa de tal constelación y de primera magnitud, a quienes parece perseguir y flechar Sagitario, uno de los asterismos de más dinámico y bonito dibujo y que cabalga por las extremidades meridionales de la Vía Láctea, demasiado esfumada actualmente por la diafanidad de estas noches estivales. El centro de esta conocida nebulosa—miramos ya otra vez a oriente pero cerca de nuestro cenit—se halla condecorado por una hermosa cruz, la que forma la constelación del Cisne con su Deneb (una de las más brillantes entre las secundarias) en la cabecera. Casi en nuestro mismo cenit brilla la bellísima y azulada Vega, de primera magnitud y reina del asterismo de la Lira. Deneb, Vega y otra estrella también de primera magnitud, Altair de la constelación del Aguila situada al sur de la anterior, dibujan un triángulo rectángulo (o poco menos) en Vega (11).

Reanudando el hilo con Cristóbal Colón, si localizamos aproximadamente ese punto que el descubridor emplaza a cien leguas al poniente de las islas Azores, en una longitud occidental de 45 grados con respecto a nuestra posición ara-

(10) Tanto los nombres de Osa como los otros de Carro mayor y menor resultan poco parecidos, bastante más apropiado sería el de sillas, pues bastante más se parecen a estos muebles que a carros u osos. Sillas ciertamente, un tanto especiales, pues el respaldo de la mayor solo serviría—claro que entonces de una manera admirable—para espaldas muy prominentes o francamente jorobadas, mientras que el de la menor se prestaría a reclinarse hacia atrás muy comodamente.

(11) Arturo del Boyero, con la Espiga de la Virgen y Antares de Escorpio también dibujan un ángulo de 90 grados con vértice en Espiga.

gonesa, allí cuentan las cinco y media de la tarde en esta hora nuestra de las ocho y media, por tanto las estrellas quedan ofuscadas; pero a las ocho y media, según el meridiano de tal lugar, contemplarán allí las mismas constelaciones vistas en la provincia oscense tres horas antes aunque igualmente a las ocho y media. Por estar más al sur puede suceder que en las islas más australes entre las de Azores divisen por el mediodía algunas estrellas invisibles en nuestro simplísimos observatorio, e igualmente puede ocurrir que no aparezcan ante sus ojos otras que aquí comienzan a asomarse por nuestro horizonte boreal como algunas de las que forman el abanico de Perseo.

Resulta pues que el Almirante no se dió cuenta de que si veía notable mutación en las estrellas más allá de las islas Azores, esto no sucedía simplemente por llegar a cien leguas al oeste del archipiélago, sino porque navegando de España a Canarias en dirección predominantemente austral, y de Canarias a las Antillas al suroeste y al O. SO., llegaba a latitudes en que surgían luceros invisibles desde parajes hispanos, y a longitudes en que aparecían en tal o cual hora de la noche las mismas estrellas que hubiera podido ver un mes o dos meses antes sobre la Península Ibérica.

El hecho de aparecer nuevos astros en nuevas latitudes es verificable, para un viajero que salga de la Península, en las mismas islas de Canarias, según sabemos por propia experiencia, pues allí vimos por primera vez y rasando el horizonte meridional, a la espléndida y nivea Canopus, alfa de la constelación del Navío Argos, que jamás habíamos tenido ocasión de admirar en nuestros cotidianos horizontes aragoneses o madrileños. La identificación, naturalmente, no fué inmediata ya que nuestras nociones estelares se reducían al cielo del centro y norte de España bajo el que ordinariamente habíamos vivido, pero lo que sí hicimos prontamente fué observar su posición con respecto a otras estrellas ya familiares. Para ello se ofrecieron, magníficamente, algunas de primer orden como Sirio del Can mayor y Rigel de la espaciosa Orión, con las que formaba la desconocida un triángulo rectángulo en la hermosísima Sirio. Después una ojeada a un planifresno estelar nos bautizó a la neófita con su nombre de Canopus (12).

Esas afirmaciones colombinas sobre mudanza de las estrellas ponen otra tacha a su ciencia y nos obligan a pensar que sus viajes a Guinea no fueron muchos, acaso solamente uno. En ellos se tardaba entre ida y vuelta muy dilatados meses y de figurar entre los viajeros, tiempo tendrfa bien sobrado para familia-

(12) Esa experiencia u observación personal en Canarias, estación también de primera magnitud por su importancia en la historia y en el camino de los descubrimientos geográficos, la realizamos en tiempo (bien fijo en nuestra mente por la posterior y trágica desaparición del buen amigo cuyo día celebrábamos entonces) muy cercano a la primavera de 1930, yendo por la tan intensamente verde—entonces—meseta de Tenerife que se levanta entre el flanco isleño que desde La Laguna cae rápidamente hacia Santa Cruz, y el contrapuesto que se derrumba, también hacia el mar, por el otro lado de la isla, detrás de Los Naranjeros y Tacoronte. (Aunque apartándonos de nuestro tema histórico reiteramos aquí nuestra singular admiración por la extraordinaria belleza que posee esta segunda ladera que del cielo al mar pone un maravilloso broche de esmeralda entre los dos inmensos zafiros.

rizarse con los nuevos aspectos que ofrecía el estrellado cielo desde el Trópico hacia el austro y relacionarlos con las constelaciones conocidas desde antiguo.

Ciertamente que sus admiradas expresiones sobre mudanza del cielo y estrellas no los hubiera empleado un gran cosmógrafo aragonés bien poco conocido, Ludovico o Luis de Angulo, contemporáneo de Cristóbal Colón y, como éste, al servicio del rey Reynel o Renato de Anjou, (si es cierto tal servicio como escribió Fernando, y que bien puede ser efectivo aunque no realizara la proeza que adjudica a su padre) para el cual compuso un tratado de cosmografía en el que dibujó numerosas constelaciones, algunas de ellas invisibles en nuestros horizontes. El libro manuscrito, realmente precioso, fué descubierto en la Biblioteca Nacional de Madrid por el príncipe de nuestros americanistas, D. Marcos Jiménez de la Espada, quien informó de él al Sr. Fernández Duro, el cual dió a conocer en un folleto diversas noticias de la obra de Angulo—y de otros tratados cosmográficos inéditos—y reprodujo los epígrafes de varios capítulos sin olvidar el nombre del príncipe de nuestros americanistas que le había informado de la existencia y del interés del manuscrito, del cual había sido el descubridor moderno, sin que esto quiera decir que fuese desconocido para Nicolás Antonio y otros bibliógrafos (13).

Nuestro paisano viajaría probablemente algo menos que Colón, es muy posible, por no decir seguro, que no navegase nunca por Guinea, pero sin embargo de ello no se extraviaba como el Descubridor entre los celestes cuerpos, entre los que conocía algunos bastante australes como la constelación del Navío citada con su primaria Canopus.

Nos atrevemos a suponer que más de un lector encontrará algunas cosas nuevas entre las que expuestas quedan sobre capítulo tan sobresaliente en la Historia Universal como el del Descubrimiento de América, sin embargo de ser quizá este el más tratado de todos.

El más tratado pero bastante mal conocido incluso en España, el país que más gloria tiene y puede ostentar por un hecho de tan extraordinaria trascendencia y que tanto continúa influyendo en la historia del mundo.

(13) Guiado por las noticias impresas por Fernández Duro examinamos nosotros el manuscrito y de él apuntamos diversos datos, alguno de los cuales figura también impreso en nuestro libro "El Plan y la Génesis del Descubrimiento Colombino". Después tornó a ser descubierto el mismo manuscrito por el erudito Sr. Fernández Pousa, quien no tenía noticia del trabajo del Sr. Fernández Duro, "De algunas obras desconocidas de Cosmografía y de Navegación y singularmente de la que escribió Alfonso de Chaves a principios del siglo XVI". Madrid, 1896. Fol. 46 págs. Lo consultamos, hacia 1930, en el Ateneo de dicha villa, Tomo 771 de Folletos. Y, a continuación, manejamos nosotros el manuscrito de Angulo, viendo prontamente su filiación en cuanto a la descripción de las regiones orientales, con el divulgado y famoso libro de Marco Polo, cosa que, al parecer, no ha sido todavía descubierta. Nuestro aludido libro sobre "El Plan y la Génesis Colombina del Descubrimiento", impreso en sus dos tercios, quedó interrumpido en el estío de 1936 al quedar en suspenso el Centro de Estudios de Historia de América de la Universidad de Sevilla, que lo publicaba.

Deseable y aún exigible fuera que los libros de esta materia que se ponen en manos de los estudiantes contuvieran dicho capítulo con una información notoriamente mejor, esto es: más exacta que la que corrientemente encierran. Tiempo es ya de extirpar radicalmente y de dejar en plena amnesia una serie de notables errores y de datos carentes de base cierta y nunca probados, que desfiguraron la Historia y llenan de confusiones a los lectores.

Y entre dichas cosas dignas de la poda y de total olvido, las siguientes:

La cuna gallega, catalana, andaluza, extremeña, etc., o sea, todas las contrarias a Génova, del Descubridor.

La imprecisión del año del nacimiento o la fijación de cualquier fecha para este dato que no sea la de 1541.

Los estudios universitarios en Pavia o en cualquier otra ciudad.

La correspondencia con el famoso cosmógrafo florentino Pablo Toscanelli, aunque es completamente cierto que el genovés conoció y poseyó en copia (sacada por él mismo y seguramente de otra copia) la carta que dicho geógrafo florentino escribió al canónigo lisbonense Fernando Martins, familiar o cortesano del rey Alfonso V de Portugal.

La afirmación, tan grata a muchos historiadores italianos, de ser Toscanelli el inspirador del proyecto colombino de Descubrimiento y Colón casi un mero ejecutor de lo planeado por el florentino, cuando realmente el genovés tuvo bases ciertas y propias para idear un plan descubridor notablemente más fácil que el comunicado por Toscanelli a Martins.

La oferta por Colón de su empresa descubridora a Génova y Venecia ni a ninguna otra nación antes que a Portugal, desde donde pasó a España a reiterar sus proyectos.

La concreción de tales proyectos en hallar tierras o islas en el Atlántico independientes o alejadas de las Indias Orientales, error sostenido por Vignaud durante muchos años (14).

El saber Colón la existencia de tales tierras por las revelaciones de cierto piloto que a ellas había llegado (15).

La presentación de Colón ante los reyes para ofrecerles sus servicios en Córdoba, pues, realmente, lo que puede decirse es que tal entrevista se realizó en Alcalá de Henares, o en Madrid menos probablemente; y exactamente el día 20 de enero de 1486 (16).

(14) Excesiva consideración a la tesis Vignaudista, nunca aceptada por los colombinistas veteranos, se guarda todavía en la obra "El Mito del Oro en la Conquista de América", publicada por la Universidad de Valladolid en 1933.

(15) Un distinguido literato omubense que puede ufanarse de sus apellidos: Marchena y Colombo, publicó recientemente un libro sobre el historial de Colón relacionado con Huelva, en el que confiesa su conversión al precursor Alonso Sánchez de Huelva. No indica las razones históricas de su nueva fe. Si un historiador de la Literatura se guiara por el aviso de los historiadores (decimos historiadores, no discursadores) adjudicaría tal libro al género lírico, no al histórico. Y conste la sinceridad con que hacemos la siguiente y análoga afirmación: no rebajamos una línea el valor del libro que es indudable, precisamos únicamente que este valor se halla en el campo literario principalmente.

(16) Este hecho lo ha recogido de nuestro libro citado "El Plan y la Génesis..." el destacado americanista y catedrático de la Universidad de Sevilla

La seguridad de existir una Junta de Córdoba encargada de estudiar los planes colombinos.

Que estos se sometieran después a otra Junta especial de profesores de Salamanca.

La pretensión de que el adverso parecer de la Junta de Córdoba fuese compensado o anulado por el parecer de los dominicos de Salamanca después de varias conferencias con el genovés en el convento de la orden en la ciudad y en la granja de Valcuevo, en las afueras, (debe ser rechazada la pretensión con más motivo que la de los franciscanos sobre la llegada de Colón a la Rábida y su larga detención allí luego de su venida de Portugal, pues esto al menos cuenta con algún fundamento contemporáneo, el de Fernando Colón, que en ello erró probablemente como erró sin duda en otras muchas cosas—y nada hay parecido para la otra parte. La Historia reconoce y ensalza el indudable grande y meritísimo influjo que ejercieron los franciscanos Antonio de Marchena y Juan Pérez, y el dominico Diego de Deza en el Descubrimiento, pero no está obligada, sin pruebas algunas, a tomar todo lo que una de las múltiples manifestaciones del egoísmo humano, sea de un individuo o de una colectividad, quiera presentarle).

La afirmación de que aquel modelo (no muy seguido) de prelados que se llamó Fr. Hernando de Talavera, se opusiera a los intentos colombinos.

La certeza de un viaje de Colón a La Rábida y de su dilatada estancia allí antes de aquel tiempo—tan próximo a la aceptación final de la empresa—en que se entrevistó con Fr. Juan Pérez y el médico de Palos García Hernández.

La marcha de Colón a Palos para informarse por Martín Alonso Pinzón de la navegación al Cipango y las Indias.

Que el repudio reiterado de los planes de Colón se debiera a que los encargados de examinarlos carecieran de suficiente preparación científica para entender unas teorías tan elevadas como las colombinas, según han creído bastantes extranjeros y algunos nacionales de acuerdo con la "Historia del Almirante" escrita por D. Fernando Colón.

De esto último, o sea, de la aceptación por parte de muchos españoles de una insignie ciencia colombina, tan levantada por los historiadores italianos principalmente, ha resultado que muchos de nuestros compatriotas, disponiendo de más buena intención que de laboriosidad o de tiempo para estudiar intensa y largamente el tema, hayan partido de la base de un Colón revolucionario de la ciencia en su tiempo, para sostener la existencia en España de muchos sabios o expertos capaces de comprender las doctrinas del Descubridor, y afirman en consecuencia que la oposición de nuestra patria no se debió a la falta de científicos (el testimonio precipitado del P. Las Casas sobre este punto ha sido muy dañoso, y es de notar la fruición con que se recoge por italianos y portugueses frecuentemente) sino a sobra de ambición en las recompensas que pedía el genovés.

Sr. Manzano y Manzano, en un trabajo contenido en el núm. 10 de la "Revista de Indias", oct.—dic. de 1942, donde se cita repetidas veces tal libro y su autor.

En contra de esta opinión, como en contra del parecer filial, debe afirmarse:

Que los conceptos fundamentales de la ciencia cosmográfica poseída por Cristóbal y Bartolomé Colón, esto es, la extensión del grado y la proporción entre los elementos sólido y líquido de la superficie terrestre, estaban tan apartados de lo sabido por muchos hombres de estudio, y, especialmente, de lo conocido y comprobado por marinos y pilotos expertos, que causaron la frialdad desde el principio y la negativa después, dispensadas en Portugal y España a los proyectos descubridores, y que esta causa influyó mucho más que las condiciones exigidas por Colón.

En el concreto caso de España, a ese hecho tan grave, es preciso adicionar que no era prudente o político el aceptar en seguida y ejecutar luego, ardiendo la costosa y larga guerra de Granada, unos planes que habían de producir peligrosos rozamientos, y aun choque, con Portugal, puesto que el objetivo ambicionado y nombrado por Colón eran las Indias Orientales, y sobre las Indias venían a tener privilegio exclusivo los reyes lusitanos; y por último: que probablemente, la mejor defensa que puede hacerse de la conducta hispana, desde las primeras reacciones contrarias a las finales de aceptación, debe basarse en considerar que los ilustrados consejeros (o los más ilustrados entre ellos) de los Reyes Católicos, y aún ellos mismos, en el curso de sus conferencias y pláticas con el Descubridor, llegaron a ver la parte cierta de los proyectos, por la cual y dejando a un lado la obsesión de las Indias Orientales, podría reducirse prácticamente el error colombino, a dar nombres fantásticos a tierras efectivas; tierras de bastante próximo acceso, fácilmente tangibles.

Así lo indica por primera vez al cabo de cuatro siglos y medio del Descubrimiento (perdónese nos la vanidad, y si acaeciére que no éramos los primeros en expresar dicha probable base de la defensa, perdón pedimos igualmente) el español que esto escribe.

Y que recuerda gustoso que presentó en el Ateneo de La Laguna algunos de los primeros resultados de sus estudios colombinos al público canario, el año de gracia de 1932, en el curso de las conferencias organizadas por los estudiantes en las fiestas de primavera.

Ayerbe (Huesca) agosto de 1943.